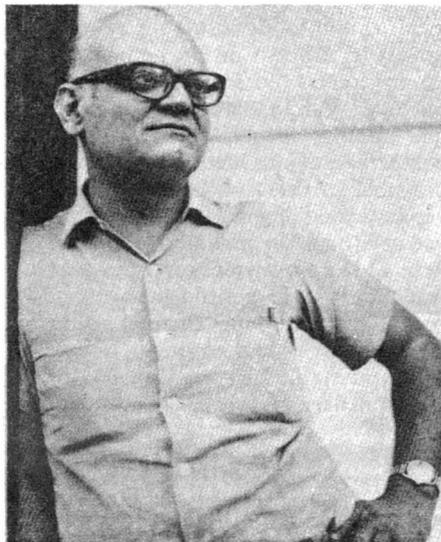


ADAM SMITH

o el descubrimiento del poder

Adam Smith, de cuya obra capital estamos celebrando los dos siglos, viene al mundo para enterrar lo que hace poco llamaría Buñuel "el discreto encanto de la burguesía". Cuando Adam Smith llega a la edad de la razón Europa creía haber encontrado la clave del progreso y la puerta de la felicidad. Los filósofos del siglo XVIII, encabezados por ese tenaz soñador que fue Juan Jacobo Rousseau, anunciaban el reino de la bondad. El hombre era un ser esencialmente noble y generoso. Bastaba conquistar la libertad, retornando a los tiempos de la sociedad natural, para que la tierra floreciera en bienes de la más variada índole. Valía la pena habitar este planeta donde un horizonte de posibilidades esperaba a la especie humana en trance de revivir, si la libertad civil ganaba su margen, aquella dicha que constituyó el patrimonio del buen salvaje. El optimismo de Rousseau y de sus corifeos, que llega hasta nosotros en las ilusiones de Simón Bolívar, era el producto de tres siglos de prosperidad. Desde 1500 cuando los europeos cruzan los mares como conquistadores y negociantes, el panorama de aquel continente cambia como si los sueños de los utopistas hubiesen encarnado en gratas realidades. Los burgos se convierten en ciudades, sobre las ruinas de la antigüedad romana surgen nuevos palacios, pesadas diligencias surcan los caminos y el

Domingo Alberto Rangel



lujo esplende en las mansiones de los comerciantes. Parecía tan fácil el progreso y tan seguro el porvenir que nadie indagó acerca de la naturaleza de ese enriquecimiento. En el europeo latió durante mil años, antes de los viajes de Cristóbal Colón, la idea de emular o por lo menos rivallizar con la civilización romana. La aparición de las suntuosas residencias y de las calzadas que cruzaban el continente, financiando todo con el oro y la plata de América, hizo a Europa sentirse como quien ha descubierto por fin la panacea. Un milenio de espera durante la Edad Media abrió las puertas de este Renacimiento en que ya estaba resultando demasiado fácil sobrepasar en esplendor al Imperio Romano. Oro, palacios, sedas, especias exóticas, caminos y legiones como en Roma anunciaban una nueva edad feliz. Si a eso se le añadía el reino de la libertad que heraldos como Rousseau y Locke pregonaban a Europa, la humanidad podría vivir en despreocupada ascensión.

Contra esa visión en extremo fácil se levanta Adam Smith. Quizás no sea obra del azar que este hombre nacido en Escocia hubiese venido al mundo para servir de gran "aguafiestas" que al racionalizar las bases del capitalismo abre las puertas para un período de inusitado y verdadero florecimiento de la riqueza. La Europa de los tres siglos que preceden a Adam Smith se divide en dos porciones casi separadas con exactitud geográfica. La Europa del Sur, puerto y usufructaria de los descubrimientos marítimos, es la tierra de la opulencia y de los progresos fáciles. Es una Europa olorosa a especias traídas por los portugueses, rebosante del oro y la plata robados a los indios de América, recamada de pedrerías. Es la Europa de una burguesía truncada por el goce en cuyos sentidos repercute la voluptuosidad de una empresa coronada por el éxito rápido. La Europa del norte sólo puede prosperar si fabrica ropajes, calzados, armas y herramientas para abastecer a los felices dominadores de América y de Asia. Es una Europa sin palacios ni ciudades relucientes donde el artesano y el comerciante se esfuerzan por arrancar la savia de la acumulación con un tenaz esfuerzo. Si en el Sur el símbolo de



Adam Smith

los nuevos tiempos encarna en el banco florentino o en el noble español, en el norte son los artesanos de Flandes e Inglaterra, los navegantes de Plymouth y El Havre o los mercaderes de Rotterdam y Liverpool los que reflejan las realidades de la vida social. Adam Smith nació en esa Europa que conseguía sus duros mediante un espartano empeño de previsión, ahorro y perseverancia.

El descubrimiento fundamental de Adam Smith, la ley del valor, entierra a la Europa del Sur y constituye el bautismo histórico del capitalismo entendido como sistema que imparte a la economía una nueva racionalidad. Cuando Smith afirma que todos los valores provienen del trabajo, tesis en la cual no fue muy consecuente, está reemplazando con realidades lo que hasta aquel momento fue un culto a las apariencias en el criterio de los filósofos que lo precedieron. La Europa de su tiempo creía aún que la riqueza se identificaba con el oro o, a lo sumo en cuanto a progresos científicos acerca de la economía, acordaba ese mérito a la agricultura. Como las tribus primitivas que ven los aspectos exteriores de las cosas sin penetrar hasta su esencia, la civilización capitalista vivía obnubilada por los metales preciosos que habían constituido el motor de su encumbramiento. Pero más allá del papel del oro y de la plata, el ascenso de Europa a raíz de la conquista de América era fruto del trabajo que fue facilitado, y sólo facilitado, por la plétora de metales recogidos allende los mares. Adam Smith vino a poner, cuando reivindicó el trabajo como cepa de todos los valores, la dialéctica de

los razonamientos económicos sobre sus pies. Con ese hallazgo teórico, que en Adam Smith alcanza ya una coherencia acabada pese a sus desfallecimientos, el capitalismo iba a calzar las botas de las siete leguas. Decir que el trabajo era la única fuente del valor, y que sólo en él se medían las proporciones de una economía, equivalía a restituirle a la burguesía emprendedora el liderazgo dentro de las clases dirigentes. Smith hacía uno de los descubrimientos más fecundos de toda la Historia, comparable apenas con el de la gravitación universal, pero al mismo tiempo forjaba un arma política. La ley del valor, sistematizada por él y sus sucesores, destronaba a los nobles, a los banqueros, a los soldados y a los caudillos del trono que venían ocupando para entronizar a los industriales, los comerciantes y los agricultores como supremos guías de la sociedad. Antes de Smith el capitalismo encumbra a los aventureros y a los financistas. Después de Smith ese lugar pertenecería a los que fabricaban bienes materiales pues sólo en éstos radicaba el valor.

Pero el descubrimiento de la ley del valor, en el cual tuvo Smith ilustres predecesores como David Hume, no habría revolucionado la ciencia de su tiempo ni fundado la Economía Política si no hubiese conllevado una teoría sobre el progreso de las sociedades. Precisamente la visión global de Smith, en que la ley del valor ocupaba el centro de un vasto conjunto muy coherente, es lo que coloca su obra por encima de todos sus antecesores en el terreno de la Economía y lo convierte en el padre de esa ciencia. Si el trabajo es la fuente del valor, una colectividad logra prosperar cuando lo hace más eficiente. En otras palabras, la tendencia del progreso humano es a disminuir el esfuerzo que implique la creación de los valores. Para ello hay que incrementar lo que Adam Smith llamaba el acervo que no es otra cosa que la dotación de factores como la llaman los economistas de hoy. En otras palabras, la formación de capital que contribuye a hacer más productivo el trabajo es la clave del desarrollo económico. Entre más vasto y variado sea el acervo más grande será el dividendo nacional, como llamaba Smith lo que hoy es Producto Nacional Bruto y más elevados los frutos por unidad de esfuerzo aplicado a la producción. En definitiva la riqueza de una Nación se mide por el número de obreros productivos que posea y por la magnitud de su instrumental. La correlación entre obreros productivos e improductivos y la calidad y envergadura del instrumental constituyen los dos datos cardinales.

La visión del progreso como resultado del esfuerzo de capitalización que reduce la dosis de trabajo por unidad de producto se marida en Smith con la idea

de la división del trabajo que es otro aporte fundamental a las ciencias sociales de todos los tiempos. El progreso de las sociedades ha sido posible por la división del trabajo. De la agricultura se desprendió la ganadería. Del comercio brotó la navegación y luego vinieron los oficios a completar el panorama. Dentro de cada actividad, viendo el problema en lo que ahora llamamos micro-economía, la división del trabajo ha sido la ley. El ejemplo tan trillado de los alfileres que Smith estampa en su libro, es un reflejo de esa división del trabajo ya no en el plano de la sociedad sino dentro de un oficio concreto. La causa de la división del trabajo no fue explicada por Smith con lo cual demostraba las insuficiencias que hacen a veces nugatoria toda su teoría. El hombre tiene, decía Smith, dos propensiones, la del intercambio y la de la división del trabajo. Era un poco hacer metafísica. Serían sus sucesores, y eso en nuestro siglo, los que descubrirían las razones de la división del trabajo. Porque cada nuevo oficio o cada división de labores dentro de un oficio viejo eleva el dividendo nacional sobreviene la tendencia a desdoblarse actividades y a trillar campos inéditos. Aquí está en germen la moderna teoría del desarrollo con sus postulados industrializadores. Precisamente porque la industria eleva el dividendo nacional por unidad de capital invertido o de esfuerzo hecho más que cualquiera otra actividad, el desarrollo es en el fondo una hazaña manufacturera.

Acumulación de capital, esfuerzo redoblado, división del trabajo, disminución de las personas inactivas o improductivas en la colectividad fueron los ingredientes de la visión global de Adam Smith inspirada en la ley del valor, su gran descubrimiento. Si a ello agregamos la teoría de los salarios, que no deben exceder ja-

más del fondo existente para ello, los conceptos sobre renta, interés y beneficio que configuran la esfera del reparto y, si quisiéramos ser más completos, llegamos hasta la clasificación de los factores de producción, habremos explicado por qué Adam Smith emerge en la historia como el primero y quizás el más influyente de todos los economistas. Smith no sólo creó la Ciencia Económica sino que a través de David Ricardo y de Carlos Marx, constituye la raíz obligada de toda la ciencia social contemporánea. Nadie podría explicar la teoría marxista del valor y de la plusvalía, piedra angular de la lucha de clases y preámbulo necesario de la visión del desarrollo histórico, sin subir por la escala de los razonamientos hasta Adam Smith. El mundo que surge de Adam Smith sería diferente, por completo, al que existía cuando su pluma comenzó a escribir "La Riqueza de las Naciones". En cierto modo Smith cierra un ciclo de placer para inaugurar otro de necesidad como lo diríamos utilizando las categorías del razonamiento freudiano. Antes de Smith impera el placer de una burguesía adormecida por su prosperidad salpicada de rapiña. Después de Smith viene el reino de la necesidad, basada en la acumulación, en que la burguesía se vuelve definitivamente ahorrativa, esforzada y sórdida. Ya no imperarán los palacios sino las fábricas, ya no será el caballero florido el epicentro de la historia sino el industrial, ya no brillará el sol del Sur porque campeará la niebla del norte alumbrada por el fulgor de los hornos de carbón.

En el fondo Adam Smith no es otra cosa que un discípulo de Juan Calvino, el sombrío predicador de Ginebra. La ética de Smith, y su concepción de la vida es la misma del francés. El hombre ha venido al mundo a acumular riquezas a través del





SMITH

RICARDO

MALTHUS

MILL

MARX

MARSHALL

Los seis grandes de la Ciencia Económica (según "Fortune")

empeño, ahorrar constituye una virtud, la vida espartana del que huye del placer para dedicarse al esfuerzo es una forma de la felicidad y lo que se produce ha de destinarse esencialmente a la inversión. Esos fueron los postulados de Calvino desde su púlpito de Ginebra. De allí aquella semilla pasó a Escocia donde florecieron algunas de las sectas que inspiró Calvino. ¿Acaso, los presbiterianos, si no estoy equivocado, no tuvieron en Escocia su cuna? Esa tradición calvinista tan fresca en su tierra significó sin duda el impulso inicial para Adam Smith. Lo demás lo harían los raciocinios del científico. En otras palabras lo que hizo Smith fue ponerle sustento científico a la ética calvinista. Tan poderosa era aquella tendencia, avivada por los descubrimientos de Smith, que su sombra iría a extenderse sobre todo el mundo durante casi siglo y medio. Desde que aparece la obra de Smith en 1776 hasta la Primera Guerra Mundial, el capitalismo vive bajo la influencia del filósofo escocés. Es el mundo tétrico de los que acumulan, multiplican sus empresas y dedican sus vidas a imaginar nuevos y más eficientes negocios. Es un siglo y medio de burguesía victoriana que predica la austeridad mientras aprieta los tor-

niquetes de la explotación. De esas gentes el profeta es Adam Smith. Después la propia burguesía repudiaría a su ídolo. Desde las postrimerías del siglo pasado, pero con más claridad desde la Primera Guerra Mundial, el capitalismo ha dejado de inspirarse en Smith. Una nueva época caracterizada por el consumo ha suplantado los tiempos de la probidad y del misticismo de la acumulación. Y nuevas teorías han pretendido desmentir la ley del valor dejada por Smith como legado. Quizás todo sistema social tenga dos etapas. La primitiva, de la austeridad y el esfuerzo, la posterior del goce y del frenesí. El capitalismo fue sombrío con Smith y ahora es frívolo y derrochador con la sociedad de consumo. Por algo alguien dijo, refiriéndose a los primeros economistas, que ellos habían inaugurado un mundo tenebroso donde se hablaba de mayor esfuerzo, de más espartano ahorro, de mayor tenacidad y de más intensa renuncia a los deleites de la vida. Y así fue en la historia de aquellos años que van de 1800 a 1900.

Pero, ¿qué queda de Adam Smith? Una "pelusa", como diría un criollo. De Adam Smith queda toda la Economía

Política. Nadie ha podido remover los cimientos que dejara Smith. La ley del valor sigue impertérrita, dominando la escena. La división del trabajo constituye una de las teorías más originales acerca de la dinámica de la Historia. La división en tres de los factores de producción, las leyes del reparto que concuerdan con aquella división de los factores y en fin, el papel del excedente en la trayectoria de una economía, todo permanece en los altares que les forjó el genio de Smith. Doscientos años han perfeccionado o modificado esos preceptos sin alcanzar a invalidarlos. Y es que mientras subsista la ley fundamental de la escasez que crea el valor los descubrimientos de Smith conservarán su vigencia. El testimonio más grande en favor de Adam Smith lo defirió Carlos Marx. Cuando el autor de "El Capital" utiliza las categorías smithianas de valor, salario, renta y beneficio para destruir al capitalismo está diciendo indirectamente que el método de aquel hombre era esencialmente científico. Evidentemente, muchas de las verdades de la Economía Política tienen su germen en "La Riqueza de las Naciones". Pero, ¿es que hay verdades científicas? Quizás no las haya o no deberíamos decir que las hay. Nuestro mundo está aprendiendo a huir de los dogmatismos infantiles. Smith propuso un método para explorar realidades. Y explorar significa aventurarse. A eso se reduce la ciencia. Pero sin duda alguna que en el mundo relativo e inseguro de la ciencia, Adam Smith ocupa uno de los primeros lugares. Junto a Maquiavelo que fundó la Ciencia Política, a Isaac Newton, creador de la Física, Lavoisier inaugurador de la Química, el mundo tiene que escribir el nombre de este profesor de Edimburgo que un día de 1776 publicó un libro de complicado nombre, "Investigación acerca de las Causas y la Naturaleza de la Riqueza de las Naciones". La posteridad respetuosa con él, abrevió el nombre, "La Riqueza de las Naciones". Allanar nombres es señal de acierto. Por algo Pedro se llama sólo Pedro.

